



Capítulo 55

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS
Editores

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO II



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

LOS CRONISTAS DE LAS CALLES DE LIMA (DE RICARDO PALMA A JENARO ERNESTO HERRERA)

Oswaldo Holguín Callo

Introducción

La historia de Lima surgió apenas un siglo después de la fundación de la ciudad por Francisco Pizarro, en 1535, atizada por su importancia política —el ser la capital del más grande y valioso virreinato español en América—, rápido crecimiento y deslumbrante riqueza, como lo confirma la temprana *Historia de la fundación de Lima* (1639) del jesuita peninsular Bernabé Cobo (1580-1657). Vinieron después no pocos cronistas, analistas y viajeros, no faltando el satírico mordaz (y dizque también mendaz), pero fue en el siglo XIX que numerosos escritores pasaron a formar parte de un selecto grupo de intelectuales especialmente señalados por su dedicación al tema limeño. Ellos, junto a los adelantados coloniales, cumplieron el papel de autores y difusores de la imagen dorada de Lima, imagen que a pesar de los antagonismos actuales aún tiene vigencia y ha tenido decisiva importancia en la conciencia ciudadana de varias generaciones. Si hoy día la realidad impele a definir otros perfiles, menos áureos y más bronceos, no debe olvidarse que aquellos fueron obra sincera y devota de sucesivas generaciones de intelectuales y artistas que hicieron no solo la historia sino la leyenda de la originalísima capital del Perú virreinal y republicano.

Sabido es que, al uso y mudanza de los tiempos, y en relación al tipo de sociedad que la habitó y las tradiciones urbanas que imperaban, las calles de la ciudad de Los Reyes, como la llamaron sus creadores, recibieron nombres muy diversos e incluso irreverentes y salados (v. gr. Yaparí, Comesebo, la Faltriquera del Diablo, etcétera). Por ello, acertadamente apuntó José Gálvez Barrenechea:

La arbitrariedad espontánea como fueron bautizadas muchas de ellas, desde antaño, por la improvisación popular, al margen de todo oficialismo, hace de la toponimia de la ciudad antigua algo pintoresco y bizarro. Poco a poco, por algún apellido de vecino ilustre o muy notorio, o por suceso, no importaba fuese baladí o trascendental si hería la pública atención, se fue tejiendo una maraña curiosísima

de nombres, no contentándose la gracia, entre noble y pícara, de la ciudad, con señalar cada carrera o vía, calle propiamente dicha, sino con apodar cada *cuadra* para distinguir el espacio transitable de esquina a esquina, en cada manzana, o isla como antaño se decía (Gálvez Barrenechea, 1943, p. 3)¹.

En el siglo XIX, algunos escritores peruanos, antes literatos que historiadores, ganados por el espíritu romántico y el pasado legendario que ya se atribuía a Lima, y que ellos se encargaron de desarrollar y difundir, investigaron el porqué de tal o cual nombre, surgiendo así su historiografía callejera al plasmarse los primeros ensayos de aliento indagatorio no libre de afán pintoresquista dedicados a sus arterias, temática que en la siguiente centuria extendió sus alcances al incorporar a nuevos cultores. Muy pronto, esos trabajos no solo intentaron revelar el motivo y la circunstancia que, casi siempre en el tiempo virreinal, dieron lugar a la denominación de las rúas —llamadas en Lima *jirones*, peruanismo que no debe perderse—, no en toda su extensión sino en cada uno de sus trozos —de esquina a esquina— llamados *cuadras*, como señala Gálvez, sino reconstruir el vecindario de sus casas y solares dedicado a diversas tareas y actividades, y no solo al mero aunque no menos importante acto de habitar. Se trata de un conjunto nada desdeñable de textos con fines históricos que permiten conocer las entrañas del pasado limeño —algunos topónimos callejeros han perdurado varios siglos, incluso desde el XVI—, su verdadera crónica, vale decir a los hombres y mujeres que nos han precedido en la experiencia —hoy no tan grata, a decir verdad— de habitar esta urbe. Por cierto, a sus autores también alentó la voluntad de transmitir y recrear lo que es original o particular de Lima, vale decir lo limeño —estilo, forma de ser, de convivir, de alimentarse, de divertirse, en una palabra, de habitar en la capital peruana—, lo que cubre un conjunto de costumbres, hábitos y usos sociales que, si bien el paso del tiempo ha alejado, no podrían omitirse en un estudio histórico que quiera dar cuenta del espíritu mismo de la ciudad.

Escribir la historia limeña fue tarea que, como se ha visto, desde el siglo XVII se propusieron muchos estudiosos, analistas, evocadores, diletantes... Un camino sencillo (a veces no ha exigido ningún esfuerzo) y a la vez simpático y curioso, frecuentado por diverso tipo de intelectuales, todos ellos ganados por el deleite histórico, ha sido enfocar sus barrios, calles y plazas, espacios públicos ciertamente transitados por un vecindario heterogéneo, con predominio circunstancial de una u otra clase, estamento, raza o grupo de una sociedad diversa y cambiante desde su fundación. Así, la historia de las calles de Lima es en realidad la historia de sus habitantes, vecinos, moradores o simplemente estantes, como en tiempos coloniales se decía de los que no tenían ningún arraigo. El conjunto de esos ensayos constituye un capítulo de la frondosa historiografía limeña, que en sus comienzos apuntó

¹ La cursiva es original.

a desentrañar el casi siempre misterioso (por lo desconocido) origen de la toponimia callejera —y sabido es que, como en otros casos, ella fue por demás significativa y testimonial—, y solo después a reconstruir su vecindario y actividades, vale decir el universo humano que habitó en determinado tiempo los solares que, una vez trazadas calles y plazas, quedaron expeditos para ser usados como vivienda, comercio, industria o servicio. Igualmente, se trata de una historiografía no pocas veces próxima a la evocación sentimental, cuando de alguna manera sus autores la plasmaron para recordar las bondades de los tiempos más o menos lejanos, pero diferentes de los de su presente, en que transcurrieron sus vidas, o recibieron información de nostálgicos actores o testigos de otras épocas. Esta forma de historiografía, localista y muchas veces artesanal, se amalgama con la anécdota, la pintura colorida del folclor, la semblanza personal, etcétera, y, como cabe advertir fácilmente, puede revestirse de las galas de la literatura en manos de pluma experta. Desde luego, no todo lo que en ella brilla es oro de buena ley, vale decir hecho cierto y verdadero, pues el género se presta a que con la imaginación se llenen los vacíos documentales y, por esa u otra vía, se dé información inexacta, anacrónica, desfásada o, en el peor de los casos, fantasiosa.

Esta historiografía, que muchas veces es también literatura, corresponde en sus más logradas expresiones al periodo en el que se consolidó la imagen dorada de Lima, entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. Después, se abrió paso otro tipo de estudios, a tono con el descrédito de la urbe y la agudización de sus problemas y los del país, los que dieron lugar a la dura y lacerante crítica de Sebastián Salazar Bondy en su célebre *Lima, la horrible* (1964). A menudo, se fundó en la opulencia virreinal, en sus originales costumbres y tradiciones, en su particular estilo urbano, en su individualidad etnográfica, en la pervivencia de algunos elementos culturales que solo en ella, Lima, era y aún es posible encontrar. La generación romántica y las generaciones siguientes, en compañía de no pocos viajeros extranjeros, se encargaron de construir esa imagen —pícaro y religiosa, muelle y hospitalaria, festiva y recatada— que aun hoy, ciertamente en relación al pasado, está vigente, y que en la historia de sus calles y plazas, en la crónica —más o menos verosímil— de los nombres que el pueblo les puso, cuenta con uno de sus mejores sustentos. Otro tanto ocurrió en Europa y en los demás países americanos, y por ello Ramón de Mesonero Romanos escribió sobre las calles de Madrid, Juan de Dios Peza se ocupó de las de México y Benjamín Vicuña Mackenna historió las de Santiago de Chile.

A las calles y plazas de Lima se han referido, en general, muchos de los que han historiado la ciudad, desde el padre Cobo hasta los estudiosos actuales. En estos apuntes doy cuenta de algunos escritores de los siglos XIX y XX, desde Ricardo Palma hasta Jenaro Ernesto Herrera, que dedicaron artículos y proyectaron libros consagrados a esa materia. Mi objetivo es echar una mirada entre panorámica

y analítica sobre sus ensayos, rescatarlos del olvido si fuera el caso y, de todas maneras, relieves la evolución que han experimentado².

Los románticos

El primer intento de despejar las muchas incógnitas de la vieja nomenclatura del callejero limeño parece mérito de Ricardo Palma [1833-1919], quien plasmó las tradiciones «La calle de la Manita» y «La Faltriquera del Diablo» en 1876, «Mogollón. Origen del nombre de esta calle» en 1880, y «La calle de las Aldabas» en 1890³. Palma manifiesta un claro interés romántico y arqueológico pues su objetivo no es otro que desentrañar el origen de esos nombres, lo que ciertamente «logra» recurriendo a la pesquisa histórica y, desde luego, a su imaginación. «La Faltriquera del Diablo» y «Mogollón...» revelan cierto desarrollo y mayor elaboración, pues las otras dos casi se limitan a desentrañar el misterio nominal y son muy breves, especialmente «La calle de las Aldabas». En «La Faltriquera del Diablo» dedicó Palma toda la primera parte, de las dos que la forman, a despejar el origen de los nombres de numerosas calles limeñas, reparando en las muchas que llevaban el apellido «del vecino más notable» (Aparicio, Belaochaga, Bravo, Baquíjano, Boza, Bejarano, Chávez, Concha, Calonge, Carrera, Fano, Hoyos, Juan Simón, Lártiga, Lescano, La Riva, León de Andrade, Matavilela, Melchor Malo, Núñez, Negreiros, Ortiz, Padre Jerónimo, Pando, Salinas, Urrutia, Villalta, Zárate, Zavala, entre otras) y deteniéndose en aquellas de las que podía ofrecer una explicación más puntual (Doña Elvira, Mariquitas, Gato, Zamudio, Serrano, Mármol de Carvajal, Polvos Azules, Rastro de San Francisco, Rastro de San Jacinto, Afligidos, Juan de la Coba, Huevo y Judíos); sin embargo, sus averiguaciones habían sido infructuosas para saber a qué debían sus nombres las calles Malambo, Yaparió, Sietejeringas, Contradicción, Penitencia, Suspiro, Expiración, Mandamientos, Comesebo y Pilitricas. Al realizar ese animado recuento en 1876, confirmó Palma, cuya fama de tradicionista se hallaba en pleno auge y desarrollo, su especial interés en escribir la historia limeña, así como su condición

² No me ocupo de los que escribieron artículos presentistas en torno a las rúas, como fueron, entre otros, Manuel Ascencio Segura, José Eugenio Iturrino —autor de un inhallable, ¿tal vez por inexistente?, *Nuevo laberinto de refranes*, o sea viajes descriptivos por las calles y plazas de Lima (1885)—, Abelardo Gamarra, Enrique A. Carrillo (Cabotín), Jorge Miota, Manuel Beingolea y Ricardo Walter Stubbs, los cuales, por lo mismo, trataron de las calles y plazas limeñas en forma periodística o sociológica antes que histórica, aunque a menudo en estilo altamente literario.

³ Cf. Díaz Falconí (2001, pp. 66, 68; 2002, pp. 79, 96); y Palma (1964, pp. 675-676, 397-400, 577-579 y 574-575). Don Ricardo también quiso esclarecer la razón del extraño nombre de un terreno situado en el Rímac, escribiendo «La Pampa de Medio Mundo. Origen tradicional de este nombre» (cf. *La Broma* [Lima, 17 nov. 1877], 4, p. 34; y Díaz Falconí (1991, p. 35). No son pocos los que han tratado el amplio tema de Lima y lo limeño en las *Tradiciones peruanas*; uno de los primeros fue Luis Alberto Sánchez (1927), cuya tercera parte incluye el subcapítulo «Calles en que se realizan muchas de las tradiciones» (pp. 117-19).

de conocedor privilegiado de las cosas de la ciudad. «Mogollón...», que también da cuenta del origen del nombre de esa calle —el haber vivido en ella un negro ladrón así llamado—, parece gozar de mayor respaldo histórico que la anterior, aunque en ambas brilla el ingenio palmino (diálogos animados, ironía, color local, digresiones, etcétera). La obra de Palma confirma que algunos intelectuales del último tercio del siglo XIX se echaron a mirar el pasado para despejar los «misterios» que les había legado, edificando así la compleja arquitectura de la identidad criolla.

Acisclo Villarán [1841-1927], miembro menor de la «bohemia romántica», hacia 1876 tenía casi terminado «un libro sobre el origen de los nombres de las calles de Lima, libro que, según Palma, podría rivalizar con el *Madrid viejo* de Mesonero Romanos, a juzgar por los pocos capítulos que publicó en *La broma*⁴; en todo caso, la obra quedó inconclusa⁵. Uno de los capítulos de esa obra, cuyo paradero se desconoce, debió de ser «Juan de la Coba, con sus pelos y señales», tradición leída por su autor en una de las concurridas veladas literarias de Juana Manuela Gorriti (6 set. 1876)⁶. La tradición lleva en el título el nombre de un famoso mercader limeño del siglo XVII, Juan de la Cueva, con cuyo nombre el pueblo bautizó la calle donde tenía su casa, y cuya quiebra fue tan grave y sonada que durante más de un siglo dio lugar al paseo público, befa y escarnio de un monigote que lo representaba. Villarán, cuyos conocimientos históricos eran parciales, no estaba al tanto de la enorme cuantía defraudada sino solo de una parte de la misma, por lo que refiere únicamente el perjuicio que sufrió la jesuita Archicofradía de la O, concentrándose en la mojiganga autorizada por el Cabildo de Lima, especialmente en las coplas a que dio lugar, cuyos papeles consultó. A modo de introducción, y como lo hubiera hecho Palma, la tradición se ocupa de las rivalidades virreinales entre jesuitas y dominicos, tema que explota fantasiosamente. En relación a la calle, solo da cuenta de que allí estuvo la vivienda del quebrado De la Cueva. Es obvio

⁴ Cf. Palma (1964, p. 1315); un biógrafo retrajo la labor a 1862: escribió la obra histórica «Origen de los nombres de las calles de Lima» (cf. Lara Ch. (1931, p. 15).

⁵ «Escribió también Villarán una obra que por desgracia dejó inconclusa, Origen de los nombres de las calles de Lima, donde apuntó una serie de datos muy interesantes, revelador todo ello del estudio minucioso a que se entregó investigando obras de inapreciable valor histórico, y recurriendo en no pocas oportunidades a las fuentes originales, consultando para el caso, preciados manuscritos auténticos» (San Cristóval, 1931, p. 148). La obra, sin duda, era producto de la historia tanto como de la literatura: «Conocedor de todos los rincones de Lima, concibió la idea de escribir una historia de las calles de la ciudad, en la que trataba de explicar sus nombres, mezclando alegremente anécdotas recogidas en sus bolsillos de bohemio, con deducciones de una chispeante etimología» (Porrás Barrenechea, 1931, p. 131). Gálvez Barrenechea pudo haber consultado la obra pues la cita como «apuntes para la Historia de los nombres de las calles de Lima» (1943, p. 123). El propio Villarán revelaba su existencia, entre los que consideraba «trabajos de cierto aliento», como lo hizo saber a Enrique D. Tovar y R. (1992, pp. 5-8).

⁶ Cf. Palma (1969, pp. 73-78). La primera edición debió de aparecer en *La Broma* (Lima), 15 de octubre de 1877, 1, pp. 4-5.

que Villarán, más que despejar el origen de su nombre, quiso biografiar al célebre banquero y dar cuenta de la mojjiganga que su estrepitoso desfalco ocasionó; sin embargo, gracias a su relato de claro perfil histórico-literario muchos habitantes de Lima tuvieron una primera noticia del origen del extraño nombre de una céntrica calle de la ciudad⁷. Cuando Villarán plasmó su relato, trabajaba en el archivo de la Municipalidad de Lima, lo que sin duda facilitó sus investigaciones sobre el callejero citadino, razón que podría explicar el porqué por ese tiempo (1877) Palma le dedicó la tradición «La Faltriquera del Diablo»⁸.

Seguramente estimulado por el ejemplo de Palma y Villarán, sus camaradas en la redacción del exitoso semanario festivo *La Broma* (1877-1878), Manuel Atanasio Fuentes [1820-1889], «el Murciélagos», que con obras de positivo mérito que se han vuelto clásicas —*Estadística general de Lima* (1858), *Guía histórico-descriptiva, administrativa, judicial y de domicilio de Lima* (1860) y, sobre todo, *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres* (1867)— era parte fundamental en la intelectual construcción del limeñismo, la imagen pintoresca y singular de la capital peruana, escribió «La Pileta de San Bartolomé» (1878), una sabrosa tradición sobre un asalto ocurrido en esa calle hacia 1832 y el pasajero nombre a que dio lugar: *Que me desnudan (;!)*⁹. A Fuentes no le interesaba otra cosa que contar la anécdota con animadas notas de humor costumbrista, la cual, por otro lado, solo tuvo lugar pocos años antes, de manera que no requirió remitirse al tiempo colonial como sus colegas Palma y Villarán, ni hubo necesidad de consultar papeles sino solo su memoria y quizá a algunos tertulios viejos.

La saga posromántica

La Guerra del Pacífico (1879-1884) ahogó el auge de los estudios históricos que se produjo en el Perú de los años setenta, y no poco tiempo tuvo que pasar antes de que se retomaran esos trabajos. El historiador Enrique Torres Saldamando [1846-1896], encargado de transcribir el primer libro de actas del cabildo de Lima, que la Municipalidad publicó en París en 1888, incluyó a manera de apéndice un par de páginas sobre «Los nombres de las calles de Lima», en las cuales, reconociendo lo caprichoso de los mismos, decía que «entrar en investigaciones respecto de cada uno de ellos sería materia para voluminosos escritos...»¹⁰.

⁷ Palma se basó en la tradición de Villarán para escribir la suya, en castellano antiguo y mejor informada: «Johan de la Coba. Anaño e hogaño» (1880) (cf. Díaz Falconí, 2001, p. 78; y Palma, 1964b, pp. 357-360). Al estar aclarado el origen del nombre de la calle, Palma se extiende en curiosas parrafadas moralistas al uso medieval sobre el personaje en cuestión.

⁸ Posteriormente, Palma suprimió esa dedicatoria.

⁹ Cf. *La Broma*, ene. 1878, p. 12; y Fuentes *et al* (1974, pp. 124-127).

¹⁰ Cf. Libro primero de cabildos de Lima, II (Segunda parte. Apéndices), 4a serie («Lima»), apéndice 2, p. 419.

Eleazar Boloña [1867-1936], abogado joven y talentoso que, ganado por el afán de escribir tradiciones, seguía los pasos del maestro Palma, publicó «Un fraile como pocos y una calle como muchas» (1892) (Boloña, 1996, pp. 145-150)¹¹, ensayo histórico sobre el célebre sacerdote ilustrado fray Diego Cisneros, conocido como *el Padre Jerónimo*, nombre que el pueblo puso a la calle donde vivía. Más que tradición, es un trabajo biográfico al que sirve de pretexto el móvil de desentrañar qué calle limeña llevaba el apodo.

A la saga de los tradicionalistas Palma, Villarán y Fuentes perteneció el hoy casi olvidado cajamarquino Aníbal Gálvez [1865-1922], abogado, juez, diputado, historiador (fue uno de los fundadores del Instituto Histórico del Perú), colaborador de revistas y periódicos limeños y autor de algunos libros de historia y derecho¹². Gálvez publicó por lo menos tres breves composiciones histórico-literarias sugeridas por los nombres de las calles limeñas: «La calle del Suspiro. Crónica limeña -1777 a 1807»¹³, tradición a la manera de Palma sobre el crimen pasional que motivó esa extraña denominación; «La calle del Arco. (Crónica limeña)», sobre la ruta de la solemne y ceremonial entrada de los virreyes en el siglo XVI y primeros años del XVII (en un inicio por la calle de Gremios y, cuando creció la ciudad, por la del Arco); y «La Amargura», notas a propósito del origen del nombre de dicha calle¹⁴. Salvo el primer caso, se trata de apuntes históricos ligeros realizados so pretexto de los nombres callejeros, incluidos algunos sucesos coloniales. Gálvez emplea a Cobo, monseñor Carlos García Irigoyen (su *Vida de Santo Toribio*), el cronista del siglo XVII Antonio Román de Herrera Maldonado y las actas del Cabildo; su estilo se aproxima mucho al de Palma y para abordar el tema se ocupa de los hechos que dieron origen a tales denominaciones: la entrada de los virreyes y la labor de los padres dominicos, respectivamente.

Por esa misma época —fines del siglo XIX y comienzos del XX— debió de escribir el historiador iqueño José Toribio Polo [1841-1918] una inédita —y me temo que perdida— obra titulada «Calles de Lima»¹⁵. Al morir, Polo dejó algunas obras sin

¹¹ Dedicada «Al apreciado amigo, señor don José C. Julio Rospigliosi y V.» y suscrita en el Callao, 31 mar. 1892.

¹² Fruto de sus pesquisas no menos que de su talento reconstructor fueron numerosos artículos historiográficos aparecidos en diarios y revistas limeños de fines del siglo XIX y comienzos del XX (El Comercio, La Prensa, El Callao, Prisma, Variedades e Ilustración Peruana, entre otros), aunque la justificada fama de historiador se la dieron sus libros *Cosas de antaño. Crónicas peruanas* (1905 y 1909?), *El «Real Felipe»* (1908 y 1909, 2 vols.), *Zela* (1911, 2 vols.), *La instrucción pública en el Perú y el «Instituto de Lima»*. (Apuntes históricos) (1913), *colegio del cual fue profesor, y El Colegio de Abogados de Lima. Historia de su fundación* (1915). (Cf. Holguín Callo, 2000).

¹³ Cf. Gálvez (1905, pp. 78-85).

¹⁴ Gálvez (1909a; 1909b).

¹⁵ El volumen que la contenía fue expuesto al lado de otras obras inéditas y algunos objetos personales en la Sociedad Geográfica de Lima, en muestra organizada por Arnaldo del Valle.

publicar, mas no tantas ni tan logradas como se ha supuesto, por lo que cabe pensar que aquella no estaba concluida y solo pudo consistir en algunos apuntes¹⁶.

Ismael Portal [1863-1934], fino memorialista limeño, publicó algunos libros sobre la pasada vida cotidiana de la ciudad, las costumbres, hechos curiosos y acontecimientos de que, generalmente, había sido testigo en los ya lejanos tiempos de su niñez y juventud, transcurrida entre los años sesenta y noventa del siglo XIX. Así, en *Cosas limeñas. Historia y costumbres* (1919) incluyó los artículos titulados «Pesca pescando. 'La Pescadería'», dedicado a la calle así llamada por el comercio de pescado que allí estableció, a poco de fundada la ciudad, el conquistador Pedro de Alconchel, y «Alameda de los Descalzos»¹⁷, motivado por la actualidad del traslado de la artística verja de ese antiguo paseo establecido a principios del siglo XVII; y en *Del pasado limeño* (1932), los nombrados «Calle de 'Judíos'...» y «... Mercaderes y Espaderos...»¹⁸, sobre el giro de las tiendas (incluso las minúsculas existentes en las aceras de la Catedral llamadas «covachuelas»), muchas de ellas pertenecientes a franceses, que en sus años mozos vio y frecuentó en dichas calles, así como en las de La Merced, Plateros de San Pedro y Mantas, y en los portales de Escribanos y Botoneros. Casi siempre, los artículos de Portal son crónicas ligeras, apuntes memorialísticos y anecdóticos, sin mayor profundidad; el limeñista insigne que fue casi no investiga, pero sí se vale de su privilegiada memoria para reconstruir y evocar ambientes, escenas, tipos humanos, con un lenguaje sencillo y elegante.

Jenaro Ernesto Herrera

Un notorio salto en esta historiografía lo dio el moyobambino Jenaro Ernesto Herrera [1861-1941] en la tercera década del siglo XX, cuando publicó en *Mundial*, la recordada revista gráfica del Oncenio de Leguía, y en otros diarios y revistas de la capital, al parecer desde 1920, numerosos artículos históricos sobre las calles de Lima. Herrera, abogado, doctor en Letras y Derecho por la Universidad de San Marcos, maestro y magistrado, periodista y cronista de ese centenario claustro durante los duros años de la Guerra con Chile —*La Universidad Mayor de San Marcos y la Guerra del Pacífico...*, vol. I (Lima, 1929)—, se propuso escribir la historia más completa de las rúas de Lima. En artículo *ad hoc* de presentación, «Las calles de Lima» (1920)¹⁹, expuso sus convicciones:

¹⁶ No figura en el «Catálogo de la obra intelectual» que da cuenta de sus inéditos conservados, reproducido en Dager (2000, pp. 177-184). Polo no publicó nada sobre la materia (Dager, pp. 107-110; 167-175).

¹⁷ Portal, (1919, pp. 24-30; 139-45).

¹⁸ Portal, (1932, pp. 29-32; 64-68). También se ocupó de las calles de Mercaderes y Espaderos a propósito de la tormenta que cayó sobre Lima el 31 de diciembre de 1877, reproduciendo una foto que las muestra despobladas aunque con algunos comercios abiertos (1932, p. 173).

¹⁹ Suscrito en Lima el 4 de agosto de 1920.

Los nombres de las calles, plazas y plazuelas de esta ciudad han sufrido tantos bautismos y rebautismos al travéz [sic] del tiempo, hechos, o por el pueblo, o por el Municipio...; han experimentado tantas confirmaciones y reconfirmaciones, con el trascurso de los siglos, que, hoy, existe un verdadero embolismo, un maremágnum caótico e informe en todo lo que atañe a esa nomenclatura, que, en verdad se necesitaría un libro bien nutrido de páginas y lleno de episodios y anécdotas interesantes para hacer la historia completa de esas variadas denominaciones, y tener una memoria muy feliz, por no decir privilegiada, para retener los distintos nombres y apodos, antiguos y modernos, dados bien por el vulgo, o bien por los escribanos públicos de Lima al verificar la transferencia de la propiedad urbana...

También expuso su nostálgico y manifiesto pasadismo:

Tiene lo antiguo para nosotros, un encanto particularísimo..., porque, evocando la copla de Jorge Manrique y tratándose de nuestra especial historia patria, sostenemos con él, de un modo dogmático, genérico y perentorio, inclusive en el mismo campo político, que: todo tiempo pasado fue mejor.

Herrera recordaba que los nombres geográficos modernos se pusieron a los jirones (no a las calles) por acuerdo municipal del 8 de octubre de 1861, a propuesta del coronel Mariano Bolognesi, bautismo oficial, el primero de la historia, que le sugirió estos conceptos:

...preferimos nosotros los nombres históricos antiguos, no obstante su variedad, multiplicidad y hasta si se quiere rareza, por no decir vulgaridad y extravagancia misma, porque cada uno de ellos encierra una leyenda, envuelve quizá una tradición, o es la cifra de una conseja popular...

Dichos conceptos eran semejantes en todo a los que Palma, más de una vez, había expresado contra esa novedad²⁰:

...y si bien es cierto que, con la nueva nomenclatura geográfica de jirones [sic] y cuadras hemos ganado mucho, en simplicidad y en vulgarización dentro del área de la ciudad de los nombres propios de los departamentos y provincias de la República, no lo es menos, en cambio, que, también hemos perdido bastante en historia particular y legendarismo; y sin que, por eso, la tan deseada claridad

²⁰ Hacia 1880: «...hasta que vino un prosaico municipio a desbautizarla, convirtiendo con la nueva nomenclatura en batiborrillo el plano de la ciudad y haciendo guerra sin cuartel a los recuerdos poéticos de un pueblo que en cada piedra y cada nombre esconde una historia, un drama, una tradición» (Palma, 1964b, p. 579); y en 1901: “Un municipio de mi tierra se propuso, hará cuarenta años, que los muchachos aprendiesen geografía en los letreros de las esquinas. Los añejos nombres de las calles, que todos tenían su razón de ser porque conmemoraban un suceso o el apellido de algún personaje, nombres todos que conservaron por dos o tres siglos, fueron cambiados por los de departamentos y provincias. ¿Quién en Lima, y no excluyo a los señores concejales, sabe de corrido y sin consultar el plano cuál es la calle de Quispicanchis, por ejemplo, o la de Chumbivilcas? Todos nos atenemos a los nombres antiguos” (Palma, 1901; 1906, p. 538). Una lectura política del bautizo oficial de las calles de Lima en Ramón Joffré (1999, pp. 92-100).

y sencillez hayan [sic] venido en nuestra demanda, pues, el pueblo, con ese buen sentido práctico, que tanto le distingue y con el especial apego a su propia tradición —que es hueso de sus huesos y carne de sus carnes— ha sido refractario recalcitrante cabalmente, por esto mismo, a la innovación impuesta sin su consulta y adquiriesencia [sic]... Así, pues, de ordinario observamos que hoy el vulgo siempre evoca, por sobre el nombre geográfico nuevo, el histórico vetusto, que lo prefiere y venera en mucho más que aquel...

Esto que era bastante cierto, pues, a manera de confirmación, en los avisos que aparecían en *Mundial* generalmente figuraba el nombre de la calle y no del jirón. Pocos años antes, Aníbal Gálvez se había expresado semejanteramente:

Solo el pueblo es conservador. De su memoria no se han borrado ni parece que se borrarán jamás, los nombres de sus calles que evocan el recuerdo de lo que se destruye.

Para él viven y vivirán sus calles de la Universidad, de los Huérfanos, de la Caridad, de las Cabezas, de San Andrés, sus plazas de la Inquisición y de Santa Ana, sus portadas del Callao, de Juan Simón, de las Maravillas, de Barbones y de Guadalupe (Gálvez, 1908, p. 13)²¹.

¡Vanos augurios! Hoy —y desde hace ya varias décadas²²— pocos habitantes de Lima saben que existieron o, menos, dónde estuvieron tales portadas, y no quedan muchos de los que, en su lejana juventud, emplearon la vieja nomenclatura del callejero de la ciudad, la cual, años más o menos, sobrevivió un siglo antes de ser totalmente desplazada por la nueva entre 1950 y 1960. Ante pronóstico tan errado, solo queda recordar el sabio *sic transit gloria mundi*... Ciertamente, Herrera no calculó que el pragmatismo de la modernidad echaría por tierra sus proyecciones, y que la transformación de la sociedad capitalina le haría perder sentido a su interés folclorista y limeñista:

Nada de lo que se sobreponga a la historia y a la tradición puede jamás prevalecer en la tierra o en el pueblo; y por eso, acuerdos inconsultos, como el que censuramos hoy con acrimonia, que, no tuvieron en su apoyo aquella preciosa argamaza [sic], han caído en completo desuso y han sido derogados por el vulgo y el tiempo sin haber logrado nunca su objetivo...

Lo que para el anticuario de Nápoles es un bajo relieve mutilado del Portici, o un vaso etrusco..., es para nosotros uno de los nombres antiguos de las calles de Lima,

²¹ En el siglo XIX, Palma, Juan de Arona (Pedro Paz Soldán y Unanue) y el viajero alemán Ernst W. Middendorf, a su modo, también dieron cuenta del uso prevaleciente de los nombres antiguos (cf. Ramón Joffré, 1999, pp. 99-100).

²² Ya en 1943 Luis Antonio Eguiguren llamaba la atención sobre el olvido de los nombres de las viejas calles que, «dentro de medio siglo, desaparecerán del recuerdo de Lima...» (1945, p. 1). ¡No se equivocó!

esto es, algo que nos puede servir de asunto para un cuadro vivo de esa época ya pasada, tan llena de recuerdos como abundante en leyendas, cuando no la tela misma de un importante episodio realmente sucedido, o de una escena vivida y sentida en esta tres veces coronada ciudad de los Reyes del Perú...

En cuanto a la obra que prometía a los lectores de *Mundial*, Herrera se propuso plasmarla del todo lograda en su aspecto histórico y descriptivo, así como enriquecida con elementos gráficos, anecdóticos y de otro tipo:

Y a efecto de que, la ilusión sea completa y la descripción de Lima tan fiel y exacta, como nos sea posible hacerla, en el curso de nuestra obra, según el plan que nos hemos trazado, a la descripción gráfica de cada calle, plaza o plazuela que daremos mediante a [sic] la fotografía y el fotograbado, artes gráficas que nos proporcionarán, el estado actual de ellas, con toda fidelidad y nitidez, añadiremos aún la descripción histórica-literaria, relatando el por qué [sic] de sus variados nombres, si acaso los tuvieron, y los sucesos notables que se hayan realizado en ellas..., que completará así el objetivismo percibido en aquellas, ilustrando sus vacíos, amenizando en cuanto nos sea posible su muda espectación, con el mágico [sic] colorido de la palabra poética, o del recuerdo sugestivo oportunamente evocado, o de la narración asaz interesante, o de la biografía homeopática...

Confesando públicamente que seguiría la luminosa estela dejada por su maestro y amigo Ricardo Palma, «nuestro ilustre precursor», revelaba Herrera planes nada modestos pero sí ganados por el entusiasmo que nacía de su devoto limeñismo:

En una serie de artículos históricos que iremos pues publicando a medida que nos los permitan el tiempo que tenemos disponible y el creciente espíritu de investigación de que estamos felizmente poseídos, nos proponemos desenvolver la madeja bastante grande, tupida y enmarañada que existe al presente tocante a las calles, plazas y plazuelas de la ciudad de Lima — *in totum urbis et urbe*—, dando a conocer a nuestros lectores con esta oportunidad, la ciudad de los Reyes antigua, con sus usos, costumbres, ortodoxia, vida galante y caballerzca [sic] de sus hijos o vecinos, espiritualidad, agudeza y cultura de las limeñas, preocupaciones sociales, altruismo y los más culminantes hechos, en el camino de la virtud o en la senda del crimen, de sus principales conquistadores y vecinos notables al través de las edades y de los siglos...

Señal elocuentísima de la visión histórica —centralista y limeñista— que Herrera manejaba es esta desorbitada frase: «Y como la historia de Lima es la historia del Perú todo y la del Perú es la historia de América; y ésta, a su vez, es la de España, durante los siglos XVI a XX...». El testimonio revela cómo entendía al Perú, a Lima y a lo limeño, cierto sector de los intelectuales del Oncenio. Su parecido o parentesco con la famosa frase de Abraham Valdelomar —«El Perú, dicen las gentes, es Lima. Lima, decimos nosotros, es el jirón de la Unión y el jirón de la Unión es hoy la esquina del Palais Concert. Total: el Perú es la esquina

del Palais Concert» (Valdelomar, 1915, p. 425)— es evidente. No solo el alto concepto que les merecía la capital peruana, su refinamiento y comodidades, sino el humor de toda una psicología diletante y contestataria, parecen hallarse detrás de tan singular silogismo.

En sendos artículos publicados en *Mundial* entre agosto y noviembre de 1920, Herrera se ocupó de algunas de las más importantes calles centrales de Lima antigua: Mantas, Judíos (o de Diego de Agüero), Mercaderes, Veracruz, Jesús Nazareno, Lártiga (o de las señoras Ramírez), el jirón Trujillo (en el Rímac) y Lezcano (Herrera 1920a; 1920b; 1920c; 1920d; 1920e; 1920f; 1920g; 1920h; 1920i)²³. Como he advertido, más allá del obligado asunto de esclarecer el origen del topónimo, lo que le importaba era reconstruir el vecindario, los comercios y servicios, señalar las casas que existieron en la cuadra, aportar anécdotas, referir biografías, e incluso genealogías, para lo que recurrió a fuentes escritas (unas placas conmemorativas de bronce puestas en el edificio del Tribunal del Consulado, guardadas en el Museo de Historia Nacional; al parecer, un censo de 1790, entre los manuscritos; y Cobo, los cronistas Mugaburu, Francisco Echave y Assu, Dionisio Alcedo y Herrera, Manuel Atanasio Fuentes, la *Gaceta del Gobierno*, Enrique Torres Saldamando, Simón Camacho, Palma, Manuel de Mendiburu, etcétera, entre lo édito) y orales, así como a sus propios recuerdos (había llegado a Lima en los dorados años previos a la Guerra). Sin embargo, sus ensayos, útiles sin duda por la información que ofrecen, se resienten de desorden cronológico (lo que resalta su condición de apuntes), de algunos errores y, sobre todo, de una visión parcializada del pasado limeño, pues hace de la ciudad una mera prolongación hispana, sin advertir en grado suficiente su originalidad y mestizaje. Desde luego, Herrera se muestra mejor informado de lo acaecido en la segunda mitad siglo XIX y las primeras dos décadas del XX, vale decir de su propio tiempo.

Al parecer, Jenaro Ernesto Herrera proyectó inicialmente su obra como una «Historia de los nombres de las calles de las ciudades de Lima e Iquitos»²⁴, pero al percibir que el nombre era solo uno de los aspectos historiables, se puso a averiguar cuanto concernía a los espacios públicos de la ciudad. En testimonio autobiográfico de 1932, confesó que desde hacía cuatro décadas investigaba la historia de las calles, plazas y plazuelas de Lima, y que había publicado algunos artículos en las revistas ilustradas *Variiedades*, *Mundial*, *Ilustración Peruana*, *Sud América*, *Actualidades y Nosotros*, y en los diarios *La Opinión Nacional*, *La Tribuna*, *El Tiempo*, *El Bien Social*, *El Diario* y *El Nacional*, «con la vida anecdótica y asaz ocurrente de las referidas; páginas sueltas de una obra literaria, gráfica, histórica y leyendaria que

²³ Solo en tres artículos aparecieron ilustraciones.

²⁴ Cf. Herrera (1918, , p. iii), donde figura como obra inédita.

será y que nos prometemos publicar en breve...» (Herrera, 1932, p. vi)²⁵, lo que lamentablemente no ocurrió. Cabe desear que la obra de este devoto cronista de Lima, dispersa y desigual pero curiosamente informada, sea recopilada algún día.

De Palma a Herrera, en el medio siglo transcurrido, la imagen dorada de Lima se consolidó y difundió gracias sobre todo a los afamados intelectuales —literatos e historiadores— que se dedicaron a recrear sus fastos virreinales, mientras, paralelamente, se desarrollaba la conciencia criollista, dada a luz por el autodescubrimiento de formas culturales propias y por el contraste cada vez más evidente con la sierra y lo serrano. El moderno desarrollo de Lima, acelerado desde fines del siglo XIX al quedar atrás el largo periodo de la postguerra, determinó también el orgullo nativo y la búsqueda de testimonios de su pasado grandioso. En ese ambiente y circunstancia, bajo la constante amenaza del relevo generacional, del cambio inexorable y de la influencia extranjerizante, recordar lo vivido o lo que los papeles viejos revelaban acerca de Lima y lo limeño, como sus aún pintorescas calles y plazas, fue ciertamente un ejercicio no solo nostálgico sino cívico y creativo. La búsqueda (y a la vez creación) de la identidad peruana se dio también en esta vertiente localista del quehacer historiográfico.

Bibliografía

- Boloña, Eleazar (1931). *Corona fúnebre*. Dedicada al poeta peruano Acisclo Villarán, socio fundador del «Ateneo de Lima», vencedor en batería descubierta en el combate naval del Dos de Mayo, sobreviviente de los combates de San Juan y Miraflores. Lima.
- Boloña, Eleazar (1941) El centenario del nacimiento de don José Toribio Polo. El homenaje del Instituto Histórico del Perú. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* (abril-junio), 58, p. 170.
- Boloña, Eleazar (1996). *Escritos literarios*. Recopilación, prólogo, cronología, hemerografía y documentación por Jorge Puccinelli. Lima: Biblos.
- Dager Alva, Joseph (2000). *Una aproximación a la historiografía del siglo XIX. Vida y obra de José Toribio Polo (1841-1918)*. Lima: Instituto Riva-Agüero - Banco Central de Reserva del Perú.

²⁵ Herrera pasa detenida revista a los escritores que se han ocupado de las calles de Lima en el Virreinato y la República, y entre estos menciona, además de los conocidos, a Isabel García y Ríos y Aníbal García Ballón, cuyas obras, de seguro perdidas en las amarillentas páginas de los periódicos limeños, lamentablemente no se conocen (Herrera, 1932, p. v). En cuanto al trabajo de Herrera, cabe pensar que se componía de los numerosos artículos *ad hoc* que publicó en vida —«Dejó también listas para entrar en prensa... una interesantísima “Historia de las calles de la ciudad de Lima”» (Puertas Castro, 1955).

- Díaz Falconí, Julio (1991). *Tradiciones olvidadas de Palma*. Huancayo: Universidad Nacional del Centro.
- Díaz Falconí, Julio (compilador) (2001). Cronología de las «Tradiciones peruanas». *Revista de la Casa Museo Ricardo Palma* 2.
- Díaz Falconí, Julio (compilador) (2002). Cronología de las «Tradiciones peruanas». *Revista de la Casa Museo Ricardo Palma* 3.
- Eguiguren, Luis Antonio (1945). *Las calles de Lima. Miscelánea. Propietarios y vecinos. Los dueños de carruajes y calesas (siglo XVIII). Costumbres antiguas. Las provincias y departamentos a través de sus nombres de calles en la capital. El fundador de la imprenta en el Perú*. Lima: s. p. de imp.
- Fuentes, Manuel Atanasio Marco A. de la Fuente & Aureliano Villarán (1974). *Tradiciones desconocidas*. Compilación, prólogo y notas por Estuardo Núñez. Lima: PEISA.
- Gálvez, Aníbal (1905). La calle del Suspiro. Crónica limeña - 1777 a 1807. *Cosas de antaño. Crónicas peruanas*. Lima: Imp. El Tiempo, pp. 78-85.
- Gálvez, Aníbal (1908) *Historia nacional. 1818. El «Real Felipe»*. Segunda parte. Lima: Prisma.
- Gálvez, Aníbal (1909a). La calle del Arco. Crónica limeña. *Cosas de antaño. Crónicas peruanas*, 52, pp. 1685-1686.
- Gálvez, Aníbal (1909b). La Amargura. *Varietades*, 60, p. 188.
- Gálvez Barrenechea, José (1943). *Calles de Lima y meses del año*. Ilustraciones de [Julio] Málaga Grenet. Presentado por International Petroleum Co. Ltd. con el almanaque «Rapidol». Lima: Sanmarti.
- Herrera, Jenaro Ernesto (1918). *Leyendas y tradiciones de Loreto...* Primera serie, con 38 leyendas. Iquitos: El Oriente.
- Herrera, Jenaro Ernesto (1920a). Las calles de Lima. *Mundial* 16, pp. 2.
- Herrera, Jenaro Ernesto (1920b). Las calles de Lima. Calle de las Mantas (hoy primera del girón [sic] Callao. *Mundial*, 18, pp. 2.
- Herrera, Jenaro Ernesto (1920c). Las calles de Lima. Calle de Diego de Agüero [sic], o de los Judíos (hoy 2a del girón [sic] del Huallaga). *Mundial*, 19, p. 1.
- Herrera, Jenaro Ernesto (1920d). Las calles de Lima. Calle de los Mercaderes (hoy 4a del girón [sic] de la Unión). *Mundial*, 20, p. 2.
- Herrera, Jenaro Ernesto (1920e). Las calles de Lima. Calle de la Vera-Cruz (hoy 2a del girón [sic] Lima). *Mundial*, 21, p. 1.
- Herrera, Jenaro Ernesto (1920f). Las calles de Lima. Calle de Jesús Nazareno (hoy 1a del girón [sic] de Ayacucho). *Mundial*, 24, p. 1.

- Herrera, Jenaro Ernesto (1920g). Las calles de Lima. Calle de Lártiga o de las Señoras Ramírez (hoy 4a del jirón de Camaná). *Mundial*, 26, p. 1.
- Herrera, Jenaro Ernesto (1920h). Las calles de Lima. Calle de Trujillo. *Mundial*, 28, p. 2.
- Herrera, Jenaro Ernesto (1920i). Las calles de Lima. Calle de Lazcano o Lezcano (hoy 1ª del girón [sic] de Huancavelica). *Mundial*, 31, p. 1.
- Herrera, Jenaro Ernesto (1932). Prólogo. En Montoya, Arturo, *Romancero de las calles de Lima*. Lima: Imp. A. J. Rivas Berrio, pp. iii-viii.
- Holguín Callo, Oswaldo (2000). Una olvidada carta-prólogo de Ricardo Palma (en El «Real Felipe» de Aníbal Gálvez). *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, nueva época, 33, pp. 9-18.
- Lara Ch., Eduardo G. (1931). Biografía del poeta Villarán. En *Corona fúnebre [...]*, pp. 3-34.
- Palma, Ricardo (1901). Carta a J. Ignacio Gamio, Director de Gobierno. *El Comercio* [Lima], 21/11/01.
- Palma, Ricardo (1906). *Mis últimas tradiciones peruanas y Cachivachería*. Barcelona: Maucci; Buenos Aires: Maucci Hermanos.
- Palma, Ricardo (1964 [1877]). *Tradiciones peruanas completas*. Edición y prólogo de Edith Palma, nieta del autor, con siete extensos apéndices y una selección de cartas del autor. Quinta edición. Madrid: Aguilar.
- Palma, Ricardo (1969). *Tradiciones peruanas*. Editadas con sus fuentes originales y un estudio preliminar por Alberto Tauro. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Porras Barrenechea, Raúl (1931). Acisclo Villarán. En *Corona fúnebre...*, pp. 131-32.
- Portal, Ismael (1919). *Cosas limeñas. Historia y costumbres*. Lima: A. Giaccone & Co.
- Portal, Ismael (1932). *Del pasado limeño*. Lima: Lib. e Imp. Gil.
- Puertas Castro, Néstor (1955). Biobibliografía de Jenaro E. Herrera. *Cultura Peruana*, 15: 80, p. 2.
- Ramón Joffré, Gabriel (1999) *La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*. Lima: Seminario Interdisciplinario de Estudios Andinos (SIDEA) - Comisión de Promoción del Perú (PromPerú).
- San Cristóval, Evaristo (1931). Acisclo Villarán. (Su obra literaria). En *Corona fúnebre...*, pp. 146-49.
- Sánchez, Luis Alberto (1927). *Don Ricardo Palma y Lima*. Lima: Imp. Torres Aguirre.
- Torres Saldamando, Enrique (1888). Nombres de las calles de Lima. En *Libro primero de cabildos de Lima, descifrado y anotado por ... con la colaboración de Pablo Patrón y Nicanor Boloña*. París: Imp. Paul Dupont..

- Tovar y R., Enrique D. (1922). Fragmentos de un artículo biográfico (Lima, set. 1916).
En Acisclo Villarán, *Nieblas y auroras*. Lima: Tip. El Escritorio, pp. 5-8.
- Valdelomar, Abraham (1915). La ciudad de las confiterías. *La Prensa* (Lima), 7 nov. 1915,
p. 4.
- Valdelomar, Abraham (2001). *Obras completas*. Tomo II. Edición, prólogo, cronología,
iconografía y notas de Ricardo Silva-Santisteban. Lima: Petroperú.
- Villarán, Acisclo (1892). Juan de la Coba, con sus pelos y señales. Tradición leída por su
autor.... En Gorriti, Juana Manuela (comp.), *Veladas literarias de Lima.
1876-1877*. Tomo primero. Veladas I a X. Buenos Aires: Imp. Europea,
pp. 338-347.